

LA FERIA DE RECOLETOS



Todo el mundo parece estar de acuerdo en que mayo es un mes exaltante y perturbador. Las novias parecen comulgantas, los enamorados se aprestan a ir «a servir al amor» y el asfalto tiene el temblor de la gelatina. Para mí, además, este mes está ligado, desde hace algunos años, a una cita llena de expectativas con la Feria del Libro Antiguo y de Ocasión.

El escenario del acontecimiento, el paseo de Recoletos, no puede ser más castizo: hace cerca de cien años la Manuela de *Agua, azucarillos y aguardiente* le cantaba aquí a la Pepa aquello de «no te pongas tantos moños»,/ que a pesar de tu honradez,/ a la calle de Quiñones,/ te han "llevar" más de una vez». Bastante amoscada andaba la *Manuela de Ramos Carrión* porque ella sólo poseía una vasera, mientras que su rival, otrora buena amiga, tenía todo un aguaducho. Hoy, de Cibeles a Colón, terrazas y cafés compiten en reclamar la atención y hasta la estupefacción de los viandantes con sus fantasías arquitectónicas, y el paseo de Recoletos tiene poco de esto último: los frailes que dieron nombre a la Avenida han sido sustituidos por gentes, sobre todo por jóvenes y por los que en edad prolecta se comportan como si apenas acabaran de alcanzar la núbil, que ni viven con retraimiento y abstracción ni visten modestamente. (Cfr. el término «recoleta» en el Casares, Moliner o Corominas).

En realidad, la Feria del Libro Antiguo y de Ocasión es un ensayo general de las representaciones que en esta larga y hermosa pasarela van a tener lugar de junio a septiembre. Y es que, junto a los sesudos caballeros que buscan con excitación controlada por las buenas maneras la edición ansiada de su libro favorito, vemos desfilar todo un muestrario de gentes que ponen a punto las «toilettes» y peinados que harán furor durante el verano. Otros, los más retrasados, aprovechan la oportunidad para fijarse en lo que más se lleva en materia de tintes, cortes de pelo y maquillajes, pantalones, faldas y ¡hasta gregüescos!, que parecen ser lo ultimísimo. Los que así proceden son los «mirandas» que después llevarán encima una mala copia de lo que en *Almirante* o *Conde de Xiquena* costó casi el sueldo de un mes.

La Feria del Libro Antiguo y de Ocasión hace también propicio el ejercicio del «voyeurismo» por ser lugar, aunque sólo sea de paso, de políticos, artistas, gentes de la «tele», intelectuales, personajes que en otros tiempos pertenecieron al «mester de progresía» y hasta solistas de grupos modernos. «¿a que no sabes quién acaba de estar aquí hace un momentito?», me preguntaba con retórica una entrañable amiga excitadísima por la visita que acababan de hacer a su caseta. «*El cantante de Toreros Muertos*», oí que se contestaba a sí misma con un suspiro de alivio en mi corazón: por un momento pensé que habíamos sido agraciadas con la presencia de *Robert de Niro* o, en plan más frívolo,

de *Umberto Eco* y yo por unos miserables minutos de retraso me había perdido tan beatífica visión.

Este año una gentil ex-presentadora de televisión que en el pasado buscaba obras de *Flaubert* —ella decía *Flobeg*, aproximadamente— quería libros de etiqueta para niños, que han sido demandados con urgencia por numerosas señoras que también parecían necesitar sobremanera tratados acerca del diseño de jardines o sobre encajes. El entusiasmo por las obras de *Jardiel* o de *Martínez Sierra* o, por las ediciones de *Valle* en «*Opera Omnia*» no ha decaído y los libros de teatro, en general, han sido frecuentemente solicitados por cómicos y por los que siéndolo quizá entre sus amigos a la hora del chinchón no cobran por ello. Las señoras que se sienten aliviadas porque ahora se las encuadra en la «tercera edad» y tienen un lugar propio en las estadísticas siguen prefiriendo a *Rafael Pérez* y *Pérez* y poniendo cara de desconsuelo cercano al puchero cuando se les dice que ya se han llevado el último ejemplar que quedaba en el establecimiento. Y cliente hay que te asegura que si se lleva ese libro tan caro de un humorista de antes de la guerra es porque «te puede hacer tirarte al suelo de risa aunque estés en el vekatorio de tu padre».

Pero no todo es frivolidad en esta Feria del Libro. También hay peregrinos que, de mostrador en mostrador, no buscan al marino alto y rubio como la cerveza que se le perdió a doña *Concha Piquer* hace al menos cuarenta años, sino el libro que por las mismas fechas fue prestado y nunca devuelto —y, por tanto, intensamente añorado—, o el catón donde aprendieron a juntar las letras, o algunas de las obras que estaban en la biblioteca de papá y que fueron a parar Dios sabe dónde durante aquella horrible mudanza.

Hay, además, otra Feria del Libro paralela y sin embargo concomitante con la anterior que también tiene su interés. Es la que hacen por su cuenta el chico que vende sus poemas en pliegos sueltos, el que lo hace bajo el formato de libro, el incansable y venerable anciano de los panfletos anarquistas, los del puestecillo —apenas una banqueta— de obleas salmantinas y el de los ricos helados de cuatro posibles tamaños y casi infinitos sabores. Se me ocurre que todos ellos podrían figurar lindamente en un cuadro de *María Blanchard*. Así, en este ambiente, las obleas saben tan bien como si las tomaras en la Plaza Mayor de Salamanca y los helados de cucurucho —que uno suele estrenar por estas fechas y que tanto fascinan a *Manuel Vicent*— son los más sensuales de la temporada. Dicho sea todo ello con el perdón de los libreros, que se sienten aterrorizados ante la amenaza de su goteo sobre los libros cuando los portan en sus manos los pasmados de turno.

MERCEDES G. BASAURI